



Antonio CARREIRA (2021).

Quevedo en la redoma: estudios sobre su poesía.

Ciudad de México: Nueva Revista de Filología Hispánica/El Colegio de México, 238 pp.
[ISBN 978-607-564-301-4].

Esta reseña rastrea la lectura que pergeña Antonio Carreira sobre algunos aspectos de la poesía de Francisco de Quevedo y Villegas. En el libro se conciertan once artículos escritos y publicados a lo largo de veinticinco años y retocados o actualizados hace apenas uno. El prólogo por sí solo ya hace casi innecesario este texto porque resume perfectamente de qué trata cada uno de los artículos compilados en el libro. También hace casi inútil esta reseña el prestigio y el reconocimiento de los artículos mismos, ya que son trabajos de referencia para quienes se dedican a la literatura quevedesca y aurisecular; y que en algunos casos constituyen un pie de siembra para el cultivo de las aulas o de líneas de investigación. Sin embargo, quiero seguir en esta reseña dos gestos: uno de resistencia y otro de observación. El primero consiste en emprender mi lectura pese a los refrenos; el segundo, en ofrecer un modesto testimonio de atención.

El primer artículo es digno de leerse en voz alta, de reconstruirlo en clase y dejar atrás viejas concepciones e ideas sobre la enemistad de Quevedo con Góngora o sobre su fama prematura. La argumentación es clara y concisa: todo este asunto de la inquina quevediana contra el cordobés, sostiene Carreira, se ha inflado inútilmente y hay que dimensionar más justamente que distaban unos veinte años de diferencia entre la edad de los poetas y que fue poco probable que coincidieran. Además, asunto que subraya el autor, los tiempos de recepción y difusión de la poesía de Quevedo deben despejarse para dejar ver a un poeta joven, que se las vio con un poeta maduro, ya entrado en fama y blandiendo una sombra sobre sus contemporáneos.

Para allanar el camino de quienes desean leer auténticamente a Quevedo, el artículo «La poesía de Quevedo: textos interpolados, atribuidos y apócrifos», lanza una primera hipótesis: las letrillas propician, por su estructura articulada, la intervención de «cualquier espontáneo» (2021: 35) con ímpetu creador, de ahí que de algunas haya múltiples variantes y emulaciones. Más adelante, el filólogo desmenuza las diversas y elocuentes confusiones en la atribución, con Góngora, por ejemplo, lo cual reitera lo excesivamente aireado de la polémica con él. El

corpus de Quevedo es fluctuante, seiscientos sesenta textos seguros y otros cuatrocientos más en un intrínquil filológico. El artículo original publicado en 2002 se actualiza muy poco en 2021. Si oteamos y cotejamos la puesta al día que el propio Carreira hace, veremos que los años le han respetado.

Antonio Carreira se aboca en evaluar las propuestas de datación del romance de Quevedo «Contaba una labradora» en el tercer artículo. Su método, para no decir llanamente que es el buen uso de la inteligencia y el sentido común, consiste en un viaje de ida y vuelta al romance y a otros textos. Desteje la madeja con finura: parte de la datación de John Lihani (20 de febrero-18 de agosto de 1606), menciona la dubitante fecha que ofrece Astrana Marín en ¿1615?, y la de Blecua, quien lo coloca entre 1610 y 1618. Posteriormente, Carreira trae a cuento el *Ramillote de flores de la retama* en el que se halla el romance «Pintura villanesca de la solemne fiesta de ocho días continuos, que se celebraron en la iglesia de san Julián de Sevilla, en el año de 1610, a la misma Santa Imagen» y que posee numerosas semejanzas con el romance de Quevedo: su asonancia, el tema, y la gran similitud del comienzo y el final. Lo que sigue en el artículo son una concatenación de conjeturas y adelantos de las posibles objeciones. El artículo, aunque breve, es un manifiesto excelente de la deducción y concluye en dar por bueno el año que propone Lihani: 1606. Una actitud que resulta aleccionadora y prudente de este artículo es que permanece abierto a la *Quellenforschung*, es decir, aunque avanza riguroso y sus conclusiones son sólidas, Carreira no pone en piedra inamovible sus ideas, no pretende fijar la última palabra como testimonio de su penetración deductiva, sino como un firme punto de partida.

El artículo cuarto, complementario del anterior en lo relativo al romance «Contaba una labradora» y a las relaciones intertextuales de este, también indaga en el parentesco entre los romances «No fuera tanto tu mal, Valladolid opulenta», «Apenas os conocía», «Los que quisieran saber» y otros textos impresos contemporáneos. El texto es una lección de minuciosidad en el detalle de variaciones, colaboraciones, versiones, contrafactas, reconstrucciones y reescrituras. Una aportación del artículo es que constituye, además, una edición crítica del romance «Los que quisieran saber» y una revisión del trabajo editorial que años antes ofreció Blecua y acerca del cual discute la valoración de los testimonios.

En «Elementos no petrarquistas en la poesía amorosa de Quevedo», el artículo quinto, repasa las peculiaridades de la poesía amorosa del poeta áureo. El código de amor cortés constituye una camisa de fuerza en la cual el trabajo de originalidad está restringido y, desde esta idea, Carreira se enfrasca en la indagación de los elementos que podrían hacer de los poemas de Quevedo algo más que la réplica y tratamiento inerte de los motivos petrarquistas. Encuentra algunos logrados y otros que, por vía de las referencias experienciales o del uso de elementos bur-

lescos, salen del carril petrarquista, pero no siempre para trazar un nuevo camino alternativo, sino para tambalearse.

La perspectiva se agudiza en el artículo siguiente, el sexto, «Quevedo en fáfara. Calas por la periferia de la poesía amorosa». Puede afirmarse que este se sitúa en el núcleo por la calidad de su planteamiento, central para todo el conjunto del libro. ¿Qué características de la poesía amorosa de Quevedo no están a la altura ni del mejor Quevedo ni de otros autores coetáneos? El hilo de todo el libro es un ejercicio de crítica que se acentúa en este artículo con su camino indagatorio «neutro, de tal modo que no es ni florilegio ni diatriba» (2021: 10). El artículo valora el peso justo de la obra poética de Quevedo manteniendo una trayectoria paralela, aunque no dominante de ilustrativa comparación con Góngora. Carreira consigue anotar sus logros y méritos, poner de relieve los traspiés, detenerse en los escritos en fáfara y desmenuzar los poemas construidos de un tirón sin oscilar en exceso el fiel de la balanza. El artículo pone sobre aviso frente a los viejos mitos: que sus contemporáneos lo consideraron tan poeta como ahora se le juzga y que solo ha variado su recepción a lo largo de los años, que su obra es accesible en ediciones confiables y que, en virtud de tener en su haber poemas de alta envergadura, los demás no andarán muy lejos (2021: 103). En algunas ocasiones el genio triunfa en su lengua forjada, en otras, sobre todo en su poesía religiosa y amorosa, se ve orillado a echar mano de tópicos manidos con poca fortuna. Entre los numerosos poemas que Carreira estudia con lujo de síntesis hay algunos que siembran la intriga, como el 296, «Compara el curso de su amor con el de un arroyo». Del primer terceto, «De vidro en las lisonjas divertido, / gozoso vas al monte y, despeñado, / espumoso encaneces con gemido», Carreira ofrece una interpretación y, de algún modo, invita a los lectores a seguir desenredando el ovillo, con todo y lo plausible que resulta: «El poeta pretende distinguir el gozo del arroyo cuando va por el monte, y su tristeza cuando se despeña» (2021: 115). Algunos lectores, azuzados por estos dardos, pensaríamos si acaso no se trata de alguna referencia al ciclo del agua, o de qué forma se asegura una interpretación que no calce por uso del ecúleo o por destazo.

Con un tenor semejante, en el séptimo artículo de este libro, «Agua y fuego en la poesía amorosa de Quevedo», el autor indaga sobre el aprovechamiento de uno de los motivos más frecuentes en el tratamiento del amor: la pugna de los contrarios. Carreira se mantiene siempre atento a la fortuna en el usufructo del tópico, traza el reduccionismo de Quevedo en el manejo del amor como lucha de agua y fuego. Es decir, algunos poemas pasan por el análisis del alcance estético mediado por su tratamiento de los elementos y las cuentas se hallan claras: Quevedo acentúa, sobre la tierra y el éter, la atención en el agua y el fuego, usados como los contrarios por antonomasia, con poca novedad en ciertos casos.

La lectura de «La poesía religiosa de Quevedo: intento de aproximación», octavo artículo de esta serie, renueva el interés sobre la poesía religiosa del poeta madrileño y abanica una serie de inquietudes que escuecen la pólvora de la curiosidad. La buena poesía religiosa de Quevedo es escasa a juicio de Carreira y entre sus características anota que tiende a adoptar una perspectiva «intemporal»; que es usada «como arma ofensiva para meter en cintura a los disidentes» (2021: 157); que se halla entre las categorías de poesía religiosa de catequesis, penitencial y devota; que en ocasiones peca por exceso (como metaforizar a todo mundo como piedra) y con todo ello se aleja de lo poético.

En lo relativo al noveno artículo, «Las jácaras de Quevedo: un subgénero conflictivo», Carreira afirma que el estudio de estas obras ha sido poco atendido por los investigadores, ya que solo se han revisado tres o cuatro de las quince o veinte que escribió: la jácara del Escarramán, la de Ezquerria, Escamilla y Monterra; y aún en esas se evidencian las dificultades que ha entrañado la interpretación o la lectura por varios motivos. Uno de los principales rasgos de tal subgénero poético, que lleva a la mala interpretación o a evitar su lectura, es el grado de dificultad interpretativa que representan, lo que ha propiciado sobreinterpretaciones que en algunos casos se inclinan a llenar páginas de alarde erudito. También cuestiona Carreira algunas concepciones ampliamente divulgadas en los estudios de las jácaras, como su examen como subgénero dramático aun cuando la escritura de las de Quevedo ocurrieron en un momento en el que la práctica de incluirlas en piezas teatrales distaba de ser popular. La existencia de composiciones sin jaque pone en entredicho o bien a algunas definiciones que hacen necesaria dicha figura o la denominación de jácaras a romances lupanescos o goliárdicos. Por otro lado, la idea de que la pluma de Quevedo exuda crítica social y la denuncia de injusticias, a juicio de Carreira, se opone a su evidente búsqueda de contar chistes y a su —la expresión la toma Carreira de Eugenio Asensio— «atletismo retórico». Este artículo, en particular, resulta sugerente para los investigadores jóvenes que padecemos la angustia por los campos de investigación ante la ingente bibliografía quevedesca: ni todo está estudiado ni lo estudiado, demostración mediada de Carreira, no está grabado en piedra ni es irrefutable.

Para continuar con la familiaridad del tema, el siguiente artículo de la colección «El conceptismo en las jácaras de Quevedo: “Estábase el padre Esquerria”» se encarga de evidenciar los engranajes conceptistas de la jácara quevediana y por medio de este muestra rasgos de notable altura. Así como muchos escollos de interpretación se salvan por gracia de la lectura más simple, existen otros en los que se exige que la agudeza del lector sea comparable a la agudeza creadora. Una breve interpretación, un latigazo de curiosidad después de leer la conjetura de Carreira puede surgir entre algunos de sus lectores. El pasaje enigmático de la *Vida y milagros de Montilla* que comenta Carreira es el siguiente: «donde el capitán

Correa / da mal rato con su nombre, / excusando en los alfaques / los corcovos del galope» y apunta: «Esto último carece de nota, aunque la necesita: *alfaques* son bajos de arena, y también un topónimo; podría indicar que los galeotes ponen los alfaques como excusa para remar blandamente, o que el capitán lleva la galera por donde hay poca profundidad para evitar la marejada, pero la conjetura no parece viable en una escena nocturna» (2021: 206). Cuando se lee esta nota, un lector puede verse refrenado por considerarse uno de aquellos que dibuja el filólogo en el capítulo anterior, esos que ante los pasajes diáfanos pretenden buscar otra explicación «con esa actitud de recelo que ciertos lectores suelen adoptar ante los textos muy elaborados» (2021: 174). En una nota al pie, Carreira comparte la interpretación de Ignacio Arellano: «atribuyendo a los alfaques los corcovos, movimientos o saltos que hace, probablemente para eludir el latigazo» (2021: 206). ¿Pero el latigazo de quién, de los mismos forzados? Una interpretación acaso plausible entiende los alfaques como bancos de arena, o como arrecifes de arena, topes de río que tremolan la embarcación, y así el pasaje podría ser explicado de otro modo: los alfaques, formaciones naturales con las que el galeote se zangoloteaba de tal forma que el capitán Correa los usaba como pretexto para dar mal rato a los forzados, aprisionados con correa a la nave.

El artículo final, onceavo del libro, «Quevedo y su elogio de la lectura», reconstruye una urdimbre de la filología con la fina interpretación y la crítica literaria. Informa a los lectores en cuanto a las interpretaciones que los estudiosos han ofrecido del soneto archiconocido «Retirado en la paz de estos desiertos». Carreira demuestra que, aunque poema célebre, hay costuras que se le alcanzan a notar, como las reiteraciones innecesarias, las tautologías y, acaso, todo eso tiene sus consecuencias en los escollos de interpretación que aún se ciernen sobre él.

Finalmente, de la lectura general de todo el conjunto se puede observar el fino criterio para escoger la ordenación temática del libro (una manera, por otro lado, de ofrecer la lectura como una concatenación de notas que se ayudan haciendo de eslabones lógicos). Cada artículo constituye una breve lección de cómo leer a Quevedo: pone sobre aviso a los lectores para no deslumbrarse por la recepción presente de un autor cuya fama como poeta tuvo algunos devenires peculiares en el proceso de difusión de su poesía; para no confiar ciegamente en lo que sentenciaron sus contemporáneos, que o bien lo usaron como «arma arrojadiza» o lo cargaron de elogios convencionales (no siempre desmerecidos); para no ser incautos con los mitos que oponen su figura a la de Góngora y desliza como ejemplo, las atribuciones a fuego cruzado que dan por quevedos unos góngoras y góngoras por quevedos, y que con ello desdibujan, en parte, la difundida idea de las diferencias radicales entre los supuestos culteranos y los supuestos conceptistas. La última y final lección es la de ser generoso con los lectores y crítico consigo mismo, apreciar sus alcances y estar abierto a la futura recomposición del

camino. Con esta reseña, que bien pudo intitularse «Otro elogio de la lectura», he procurado (para recordar las palabras de Tomás Segovia), urdir un «homenaje de honrada atención» y, en sincera expectativa, me pregunto con las palabras del mismo Carreira, si no tendrá guardado algo más sobre Quevedo, todavía mejor, en la «redoma, en espera de mejores tiempos» (2021: 15).

JOSÉ DE JESÚS PALACIOS SERRATO

El Colegio de México
jjpalacios@colmex.mx